

TIEMPO DE MASCARAS

Del soplillo de la cocina a la lentejuela y el lamé

(Lo que va de ayer a hoy)

ASENSIO SAEZ



Nuestra amiga Vanesa se dispone a integrarse disciplinadamente en su correspondiente comparsa tipo Río. Porque el carnaval, hoy descansando en sus vistosos y ordenados desfiles, ya no es lo que era, dicho sea sin ánimo de levantar ronchas de nostalgia. Ciertamente es que, puestos en el trance de elegir entre la mascarada golfa y cutre del ayer, con la destrozona abanicándose con el soplillo de la cocina, y el carnaval actual, centrado en los cortejos de disfraces que desde ayer han comenzado a poblar el país, preferimos sin duda la segunda opción, remedo más o menos afortunado del Brasil -¡ahí queda eso!-, donde por cierto, según afirmación de Carmen Sarmiento en su programa televisivo del pasado domingo, lo que de verdad engaita y engolosina al espectador del conjunto femenino de una comparsa son sus nalgas, o sea que es la estética del culo, con perdón, lo que se constituye en bandera de los carnavales, por encima del diseño del propio disfraz con su deslumbrante apoteosis de pedrería, plumeros, lentejuelas...

Vanesa y su disfraz

-¡Esta tira de abalorios, más colgandera, Vanesa!

-Sí, mamá.

-Lo que tienes que hacer es abrigarte los muslicos, nena -tercia la abuela que a lo más que llegó en su juventud fue a disfrazarse de Katuska.

Gozo dará luego, en verdad, el paso gentil de Vanesa, desfilando por la calle principal de su pueblo. Una pregunta caracoleará en el aire, sin embargo, entonces, tal rollo de serpiente: ¿Dónde queda el pintoresquismo autóctono de tantos carnavales perdidos, el bulle-bulle de las verdaderas máscaras, las de careta o antifaz, el característico «¿no me conoces?», intríngruli del festejo, sobrenadando sobre el típico guirigay, poblador de lo que un día se llamó «carrera de máscaras»?

Cuando se decidió oficialmente la vuelta del carnaval, Lázaro Carreter escribió: «De momento tengo la sospecha de que la fiesta no se ha devuelto al pueblo, que sólo se le ha dado otra». Por otra parte, en un pregón de carnaval, pronunciado por Mingote, a sabiendas de los riesgos de ordinario y gamberismo que una libertad mal entendida podía generar -¡esa tropa de machos disfrazados de embarazadas, esa copiosa muchedumbre de travestis!-, solicitó encarecidamente el dibujante no ensuciar precisamente la palabra libertad, pues «madre de todos» venía a salir. Aspiración enteramente fallida, pues poco después, en los concursos de tanguillos, tonadas, chufillas y trágalas convocadas con motivo de la celebración de los carnavales, los que de veras han acabado por ganar la aprobación popular no han sido los más ingeniosos sino los más zafios y obscenos.

-Vanesa, tú a lo tuyo, en plan carioca, corazón.

-Vale, madre.

Entre Solana y Gómez de la Serna

La destrozona fue la máscara clásica de los viejos carnavales, la que hizo tilín a Solana y a Ramón Gómez de la Serna, que llegó a glosarla cumplidamente en su prosa suculenta, afirmando: «Yo, si salgo los días de carnaval, es por ver destrozonas».



Asimismo, Solana, del que en estos días pueden admirarse algunos de sus óleos carnavalescos, colgados en San Esteban, llegó a insistir, tanto en su pintura como en su literatura, tremendistas casi siempre ambas, en el tema de la destrozona. Si sus cuadros, según Salvador Jiménez «aciertan a dar los definitivos brochazos que Goya se quedó sin dar», sus libros dan paso a opíparas páginas carnavalescas sobre alucinantes comparsas, fantasmales entierros de la sardina, siniestras piñatas... De él pudo escribir en cierta ocasión Juan Ramón Jiménez, tan lejano a la estética de Solana: «La vez que lo vi, me pareció de un artificial verdadero, compuesto con sal gorda, cartón piedra, ojos de vidrio, atún en salazón, raspas a la cabeza...».

-Vanesa, tienes que ir a San Esteban.
-Ya he oído misa.
-Mujer, digo a que conozcas los cuadros de Solana.
-Lo que usted mande.

Todos, sambistas

Decíamos. Pena de que algunos pueblos abdujan en su auténtico folklore carnavalesco, de su verdadero patrimonio cultural que puede perderse irremediabilmente para siempre, a cambio de determinados mimetismos que pudieran ser compartidos con el autóctono costumbrismo.

Hace muchos años, cuando todavía nadie se atrevía a aspirar a la vuelta del carnaval,

Muñoz Barberán, maestro en la materia de la máscara pictórica, dio fe escrita de unos carnavales que, de resucitar, no serían ya lo que tradicionalmente por carnavales se entienden, sino desfiles al modo de nuestro Entierro de la Sardina.

Sustituyendo así muchas respetables tradiciones y, desde luego, a los más o menos socorridos disfraces personales de arlequines picassianos, majas de Goya, venecianas, don Hilariones, frailes, hadas, madrileñas castizas y hasta los más cercanos en el tiempo de los extraterrestres y los dinosaurios, nace la comparsa disciplinada, espléndida muchas veces, reconozcámoslo; aquélla que, de algún modo, aspira a recordar las más populares escuelas de samba: «Tijuca», «Salgueiro», «Unidos de Portela»...

Por hoy, venga en buena hora, de cualquier modo, la alegre y ordenada comparencia, el raso y el lamé, la lentejuela y la pedrería de colores, las esbeltas plumas que para sí las hubieran deseado un día las huestes revisteriles de Celia... Chiribitas en los ojos nos producirán a más de uno el paso jacarandoso, más o menos sambista, de las joviales, siempre festivas comparsas, la verdad por delante. Dése paso, pues, en buena hora, a nuestra amiga Vanesa, reinona por una tarde, coronada de abalorios, barriguilla al aire. Por medio aún el crudo invierno, cuídese la moza, eso sí, de no pescar el resfriado del siglo.

Crónica DE SIETE DÍAS

Suplemento dominical de La Verdad

En el interior

6

La vía del asesino

El joven que mató a su padre con una ballesta y descarriló tres trenes en Barcelona es retratado como un joven "educado y genial"

8

La generación desesperada

Cuando les ha tocado despertar a la mayoría de edad se han encontrado con una profunda resaca, un oscuro panorama en el que no hay lugar para ellos. Más altos y mejor alimentados que las generaciones precedentes, muchos darían cualquier cosa por haber nacido en "aquellos tiempos en que uno estudiaba lo que le gustaba y no lo que el mercado laboral impone". Esta es la generación que, según las estadísticas, da más importancia al paro y a la crisis que al terrorismo y al sida.



10

Música de otro mundo

Los monjes benedictinos cantan a la luz. Frailes entregados a su oficio sin más rasgo externo que un hábito, un negro cinturón ceñido a la cintura y el gusto por adornar sus frases con citas bíblicas.

12

Salud: La anorexia y la bulimia atacan a los más jóvenes

El padecimiento de estas enfermedades se ha multiplicado por veinte en España

14

Corazones de Papel: La polémica participación de Alexandro Lequía en TVE

16

Perfil: Cándido Méndez, el heredero de la UGT